

CAPÍTULO XI.- DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS.

*“Fue recogido de los **cabreros** con buen ánimo y habiendo Sancho lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos **tasajos de cabra** que hirviendo **al fuego en un caldero** estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y, tendiendo por el suelo unas **pieles de ovejas**, aderezaron con mucha prisa su rústica mesa y convidaron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles **seis dellos**, que eran los que en la majada había, habiendo primero con **groseras ceremonias** rogado a don Quijote que se sentase sobre **un dornajo** que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle **la copa, que era hecha de cuerno.**”*

Esta inocente escena pastoril podría esconder algún hecho de carácter mas macabro, si vemos los detalles que describe Cervantes unos párrafos mas adelante y que recuerdan a castigos de la Inquisición española, como siempre, en tono de aparente broma. Si acaso, cabe mencionar el arcaduz de noria, el cuerno como embudo y poco más. Parece un capítulo que recuerda al paraíso, a la edad dorada, a lo que realmente dice. Solo me cabe pensar en la utopía de lo que el sabe que cuenta en su discurso y que puede recordar además, a la Utopía de Tomás Moro, personaje que aparecerá en breve. Aunque por el discurso de las *“bellotas y los valientes alcornoques”* parece que Cervantes nos traslada a La Arcadia de Sannazaro, en esta égloga que encierra varias soluciones. Platón o las Metamorfosis de Ovidio hacen mención de la Edad de Oro, así como el poema Las Geórgicas de Virgilio, en el que menciona la vida de las abejas.

Resulta curioso que Sancho no quiera sentarse junto a Don Quijote, entendiendo de entrada que es por respeto, cuando ya han comido juntos en varias ocasiones, así que puede ser por miedo. La conversación entre Sancho y Don Quijote, se entiende de cortesía, pero puede entenderse como ingenuidad o ceguera del hidalgo y temor del escudero, que parece ejercer de angel de la guarda. La cabra representa al diablo como es sabido y podemos estar ante una escena de brujería o de magia, anunciada con los “caldeos” en el capítulo anterior. Viendo el sentido que Cervantes otorga a su libre albedrío a personajes y cosas, un cabrero además de una persona que cuida a las cabras, puede ser un lobo que se alimenta de ovejas y cabras. Y si seguimos por ahí, los zaques pueden ser cuerpos colgados de un árbol, ya que un zaque es una piel. Y si regresamos a la segunda frase de este capítulo, donde dice que Sancho quería ver si los tasajos del caldero estaban en su punto, no pudo hacerlo, porque los cabreros los quitaron del fuego.

Probablemente será un exceso de celo por parte mía. Lo dejamos ahí. Al finalizar el capítulo, el emplaste de romero y sal que le aplica el cabrero en la oreja, parece más un adobo culinario que un remedio para que la oreja sane o lo que veremos después.

Las bellotas, mencionadas en literatura clásica, en muchas ocasiones, forman parte del escudo familiar de San Antonio de Padua, ya que llama Antonio al mozo que toca el rabel y que dejó escritos sus Sermones que comenzaban por el Paraíso. La edad del mozo coincide con los años de construcción de “la obra del Escorial”, veintidós años. Probablemente se popularizó esta frase en la época (es más largo que la obra del Escorial).

El “tío beneficiado” que los cabreros relacionan con Antonio, podría ser San Francisco de Asís, Orden a la que perteneció San Antonio, que fue partícipe en el Capítulo de las Esteras en Asís, y recuerdo que al principio de este capítulo se nos habla de estereras de piel de oveja.

El discurso de Don Quijote, nos dará paso a los siguientes capítulos del gran entierro al que asistiremos. La edad de hierro presente de la que habla, frente a la pasada edad dorada, podría estar refiriéndose a las herrerías que estaban en El Escorial, lugar que hasta la construcción del Monasterio, era maloliente y pestilente, considerado la puerta del infierno, por la escoria, que en su entorno se esparcía. Este inocente discurso sobre la edad dorada, podría tener su miga por “inocuos” detalles de este tipo: amorosa pestilencia en relación a la zona, púrpura de Tiro en relación al uso mayoritario de este color por los Cardenales de la Iglesia y la relación hecha con las “hermosas zagalejas”.

Como de cualquier párrafo del Quijote se puede sacar un libro, seguiremos adelante. Bueno he dicho que se puede, y no que ya está hecho un libro de cada párrafo, que es la verdad. Y después de tantas conjeturas, aunque no suelo escribir aquí la mayoría de las que trazo, “*perdiendo el juicio en la razón de la sinrazón*”, intentaremos sacar algo positivo. Este capítulo es la puerta de entrada a lo que viene en los siguientes que tratan de una novela pastoril de Grisóstomo y Marcela, donde habrá que buscar encrucijadas o cruces y que terminará en un “*Desengaño de Celos*”, que es el título del que se ha servido Cervantes, para componer el argumento de estos capítulos.

Comienza el capítulo con “*seis dellos*”, los cabreros, que aunque la ceremonia (con groseras ceremonias) me recuerde a un Auto de Fe, no tiene porqué serlo, puesto que no acabo de relacionar el número seis. Cervantes le da a la escena un ambiente misterioso hasta que llega Antonio de veintidós años, que tocaba el rabel y se sentó “*en el tronco de una desmochada encina*”. Debemos mencionar la frase del capítulo L “*los montes*

crían letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos”, pues eso es exactamente, estamos ante seis filósofos que intentaremos descubrir.

En la canción de Antonio, se hace mención a Teresa de Jesús en Teresa del Berrocal y los veintidós años nos trasladarían al capítulo de los Galeotes.

Santa Olalla (Toledo) fue el lugar de nacimiento de Fonseca, Cristóbal de Fonseca, que fue recordado en el prólogo, con su obra “*Del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal materia*”. El poema de Antonio es un poema de amores en el que al final se habla de la Iglesia y donde el joven se siente rechazado, pidiendo al “*santo más bendito*”, que en cuestiones de amor, era y es San Antonio de Padua.

La despedida del capítulo es con un emplaste de romero “de mucho que por allí había”, para curar la oreja de Don Quijote. Puede que nos anuncie una romería que pronto vamos a descubrir y con esto, Cervantes nos pone a los pies de lo que nos anunció con la obra “*Desengaño de Celos*”, que insisto, es el argumento de los próximos capítulos, en los que intentaremos desvelar el planteamiento que se hace en este capítulo.